

minotauro

PHILIP K. DICK

CUENTOS COMPLETOS 4



PHILIP K. DICK

CUENTOS COMPLETOS 4

minotauro

Título original:
Collected Stories Vol. IV: The Days of Perky Pat

© 1987, The State of Philip K. Dick

All rights reserved

El fragmento que aparece en la página 11 procede de una colección de entrevistas que el autor concedió a Paul Williams y que se publicaron en *Only Apparently Real*, Arbor House, 1986.

© por la introducción, James Tiptree Jr., 1987

© por la traducción de *El informe de la minoría, Juego de guerra, Lo que dicen los muertos y ¡Oh, ser un blobel!*, Carlos Gardini, 2002

© por la traducción de la introducción, *Autofab, Servicio técnico, Mercado cautivo, El patrón de Yancy, Mecanismo de recuerdo, La M imposible, Nosotros, los exploradores, Si no existiera Benny Cemoli, Una actuación novedosa, Araña de agua, Orfeo con pies de barro, Los días de Perky Pat, El suplente* y *¿Qué vamos a hacer con Ragland Park?*, Manuel Mata, 2008

© Editorial Planeta, 2008

Av. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0724-2

Depósito legal: B.11.067-2020

Fotocomposición: Realización Planeta

Impreso en España / *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Autofab

I

La tensión flotaba sobre los tres hombres que estaban a la espera. Fumaban, paseaban de un lado a otro y lanzaban alguna que otra patada a la maleza que crecía junto al arcén. Era un mediodía caluroso y el sol caía sin compasión sobre los campos pardos, las hileras de pulcras casas de plástico y la lejana línea de las montañas, al oeste.

—Ya casi es la hora —dijo Earl Perine, frotándose las flacas manos—. Varía según la carga. Medio segundo por cada medio kilo de más.

—¿Lo tienes calculado? Mira que eres raro. Vamos a fingir que simplemente llega tarde —respondió Morrison con acidez.

El tercer hombre no dijo nada. O'Neill venía de otro asentamiento. No conocía a Perine y Morrison lo bastante bien como para discutir con ellos. En lugar de hacerlo, se agachó y empezó a ordenar los documentos que llevaba en su sujetapapeles. Sus peludos brazos estaban bronceados y recubiertos de brillante sudor. Enjuto, de cabello cano y enmarañado, y gafas de pasta, era mayor que los otros dos. Llevaba pantalones holgados, camisa deportiva y zapatos de suela de crepé. En-

tre sus dedos brillaba su estilográfica, metálica y eficiente.

–¿Qué estás escribiendo? –rezongó Perine.

–El procedimiento que vamos a emplear –respondió O’Neill tranquilamente–. Es mejor analizarlo ahora en lugar de probar al azar. Conviene que sepamos qué cosas no funcionan en lo que intentemos. De lo contrario, caminaremos en círculos. Aquí lo que tenemos es un problema de comunicación. Así es como yo lo veo.

–Comunicación –asintió Morrison con aquella voz grave que brotaba del fondo de su pecho–. Sí, no podemos ponernos en contacto con esa maldita cosa. Viene, descarga y se marcha... No hay contacto alguno.

–Es una máquina –dijo Perine con tono alterado–. Está muerta... Es ciega y sorda.

–Pero está en contacto con el mundo exterior –señaló O’Neill–. Tiene que haber alguna forma de llegar hasta ella. Algunas señales semánticas específicas tienen sentido para ella. Lo único que tenemos que hacer es encontrarlas. O redescubrirlas, más bien. Una media docena entre mil millones de posibilidades.

Un ruido sordo interrumpió a los tres hombres. Levantaron la mirada, cautelosos y alertas. Era la hora.

–Ahí está –dijo Perine–. Vale, tío listo. A ver si consigues que haga un solo cambio en su rutina.

El enorme camión, cargado hasta los topes, avanzaba emitiendo un rugido sordo. En muchos aspectos parecía un vehículo de transporte convencional, manejado por seres humanos, salvo por un detalle: no tenía cabina para el conductor. La superficie horizontal era toda zona de carga y en la sección donde normalmente irían los faros y la rejilla del radiador había una fibrosa masa de receptores, semejante a una esponja,

la limitada batería sensorial de aquella extensión móvil de la instalación.

Consciente de la presencia de los tres hombres, el camión aminoró, redujo la marcha y activó el freno. Transcurrió un instante mientras accionaba unos relés. Una parte de la sección de carga se inclinó y descargó una cascada de cajas de grueso cartón sobre la carretera. Junto con la mercancía, planeando, descendió un detallado inventario.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —dijo O’Neill—. Deprisa, antes de que se marche.

Con la rapidez y taciturnidad de auténticos expertos, los hombres recogieron las cajas de cartón y les arrancaron el plástico protector. Muchos objetos salieron a la luz: un microscopio binocular, una radio portátil, varios montones de discos de plástico, equipo médico, cuchillas de afeitar, ropa, comida... La mayor parte del cargamento, como de costumbre, era comida. Sistemáticamente, los tres hombres empezaron a destrozar los objetos. En cuestión de pocos minutos no quedaba otra cosa que restos desordenados a su alrededor.

—Ya está —dijo O’Neill con voz entrecortada mientras retrocedía un paso. Sin mirar, sacó un inventario—. Ahora vamos a ver lo que hace.

El camión había emprendido ya el camino de regreso. Se detuvo bruscamente y regresó. Sus receptores habían captado el hecho de que los tres hombres acababan de destruir la carga que les había dejado. Con un chirrido de los engranajes, dio media vuelta y orientó su banco de receptores hacia ellos. Extendió una antena; había empezado a comunicarse con la fábrica. Estaba recibiendo instrucciones.

La superficie horizontal se inclinó y dejó caer un segundo cargamento, idéntico al primero.

–Hemos fracasado –gimió Perine mientras otro inventario descendía flotando sobre el nuevo cargamento–. Hemos destruido todo esto para nada.

–¿Y ahora qué? –le preguntó Morrison a O’Neill–. ¿Cuál es la siguiente fase del plan?

–Echadme una mano.

O’Neill recogió una de las cajas de cartón y la llevó hasta el camión. Tras depositarla sobre la plataforma, se volvió en busca de otra. Los otros dos hombres lo imitaron con lentitud. El cargamento volvió al camión. Cuando este se disponía a emprender el camino de vuelta, los hombres ya habían devuelto la última caja.

El vehículo se detuvo. Sus receptores registraron el regreso del cargamento. De su interior surgió un zumbido sordo y sostenido.

–Esto podría volverlo loco –comentó O’Neill, sudando–. Ha llevado a cabo la operación sin conseguir nada.

El camión hizo ademán de marcharse, con un movimiento que quedó interrumpido casi al momento de iniciarse. Entonces, parsimoniosamente, volvió a girar y, a tal velocidad que casi no llegaron a verlo, volvió a dejar su cargamento sobre la carretera.

–¡Vamos! –gritó O’Neill.

Los tres hombres recogieron las cajas y volvieron a cargarlas con rapidez febril. Pero en cuanto la superficie horizontal volvió a estar cargada, las grúas del camión las transportaron hasta las rampas del otro lado y desde allí las dejaron caer sobre la carretera.

–No sirve de nada –dijo Morrison, casi sin resuello–. Es como recoger agua con un cedazo.

–Menuda mierda –asintió Perine jadeando–. Como siempre. Los humanos siempre perdemos.

El camión los estudió calmadamente, con los receptores mudos e impenetrables. Estaba haciendo su tra-

bajo. La red planetaria de fábricas automatizadas estaba llevando a cabo eficientemente la tarea que se le había impuesto cinco años antes, en los primeros días del conflicto global total.

–Ya se va –señaló Morrison, consternado.

El camión había bajado la antena. Metió una marcha y quitó el freno.

–Un último intento –dijo O’Neill. Cogió una de las cajas y la abrió. De su interior sacó un tanque de leche de treinta y ocho litros, al que le quitó la tapa–. Por muy absurdo que os parezca.

–Es ridículo –protestó Perine. De mala gana, buscó una taza entre los restos desperdigados y la metió en la leche–. ¡Una tontería infantil!

El camión se había detenido para observarlos.

–Hazlo –le ordenó O’Neill con voz tajante–. Tal como lo hemos practicado, exactamente.

Los tres hombres empezaron a beber como locos del tanque de leche, dejando que el líquido corriera visiblemente por sus barbillas; querían que resultara evidente lo que estaban haciendo.

Tal como habían convenido, O’Neill fue el primero. Con el rostro retorcido por la repulsión, arrojó la taza a un lado y escupió violentamente la leche sobre la carretera.

–¡Por Dios! –dijo medio atragantado.

Los otros dos lo imitaron; maldiciendo a voz en grito, derribaron el tanque a puntapiés antes de volverse hacia el camión con miradas acusatorias.

–¡Está agria! –rugió Morrison.

Impelido por la curiosidad, el vehículo regresó lentamente. Sus sinapsis electrónicas respondieron a la situación con chasquidos y zumbidos. Su antena se extendió como el astil de una bandera.

–Creo que lo hemos logrado –dijo O’Neill, temblando. Bajo la atenta mirada del camión, tomó un segundo tanque de leche, le quitó la tapa y probó su contenido–. ¡Igual! –le gritó–. ¡Está tan mala como la otra!

El camión escupió un cilindro metálico. El cilindro aterrizó a los pies de Morrison. Este se apresuró a recogerlo y lo abrió.

ESPECIFIQUE LA NATURALEZA DEL DEFECTO.

La hoja de instrucciones incluía varias filas de posibles defectos, cada uno de ellos con su correspondiente recuadrado. El cilindro contenía también un punzón destinado a marcar el problema concreto del producto.

–¿Cuál marco? –preguntó Morrison–. ¿Contaminado? ¿Infección bacteriana? ¿Pasado? ¿Rancio? ¿Mal etiquetado? ¿Roto? ¿Aplastado? ¿Agrietado? ¿Doblado? ¿Con tierra?

O’Neill pensó rápidamente y respondió:

–No marques nada. Seguro que la fábrica está preparada para reponer la mercancía defectuosa. Realizará su propio análisis y luego nos ignorará. –Entonces tuvo una inspiración que hizo que su rostro se iluminara con frenética satisfacción–. Escribe ahí abajo. Hay un espacio para incluir más datos.

–¿Y qué pongo?

–Escribe: «El producto está totalmente *pislado*».

–¿Y eso qué es? –inquirió Perine, desconcertado.

–¡Tú ponlo! No significa nada. La fábrica no será capaz de entenderlo. Tal vez podamos sabotearla.

Con la estilográfica de O’Neill, Morrison escribió cuidadosamente que la leche estaba «pislada». Sacudiendo la cabeza, cerró el cilindro y se lo devolvió al camión. Este recogió los tanques de leche y, con un

fuerte golpe, retrajo la superficie de carga. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto y el vehículo echó a andar. La ranura expulsó un último cilindro, que rebotó sobre el suelo; luego, el camión se alejó rápidamente, dejando el cilindro sobre la tierra.

O'Neill lo abrió y les enseñó el papel a los demás.

SE LES ENVIARÁ UN REPRESENTANTE.
PREPÁRENSE PARA SUMINISTRARLE
TODOS LOS DATOS SOBRE EL PROBLEMA.

Por un momento, los tres guardaron silencio. Entonces Perine se echó a reír quedamente.

–Lo hemos conseguido. Hemos contactado. Hemos llegado hasta ellos.

–Ya lo creo –asintió O'Neill–. Esa cosa nunca había oído hablar de un producto pislado.

En la base misma de las montañas, excavado, se encontraba el vasto complejo de la fábrica de Kansas City. La superficie estaba corroída, cariada como una muela por la radiación, agrietada y cubierta por las cicatrices de los cinco años de guerra que habían transcurrido sobre ella. La mayor parte del complejo estaba en el subsuelo; solo las entradas eran visibles. El camión era como un puntito negro que avanzaba a toda velocidad hacia la gran mole de metal negro. De repente, una abertura se formó en la superficie uniforme. El camión la atravesó y desapareció en su interior. La entrada volvió a cerrarse a cal y canto.

–Ahora queda lo más complicado –dijo O'Neill–. Tenemos que convencerla de que clausure las operaciones..., de que se desactive.

II

Judith O'Neill servía café a la gente que había en su salón. Su marido hablaba mientras los demás escuchaban. O'Neill era lo más parecido a una autoridad sobre las autofabs que existía.

Procedía de Chicago. Había conseguido sortear el perímetro defensivo de la fábrica y salir de allí con datos de la misma. Como es natural, la fábrica había respondido erigiendo un perímetro más sólido. Pero O'Neill había logrado demostrar que las fábricas no eran infalibles.

–El Instituto de Cibernética Aplicada –les estaba explicando en aquel momento– ejercía un control total sobre la red. Por culpa de la guerra, o puede que por el desmoronamiento de las líneas de comunicación, que impidió que el instituto nos transmitiera la información necesaria para hacerlo, no podemos informar a las fábricas..., informarles de que la guerra ha terminado y estamos preparados para reasumir el control de las operaciones industriales.

–Y entre tanto –añadió Morrison con amargura– esa condenada red sigue expandiéndose y consumiendo cada vez más recursos.

–Me da la impresión –dijo Judith– de que si doy un pisotón lo bastante fuerte, acabaré en alguno de sus túneles. A estas alturas debe de haber túneles por todas partes.

–¿No existe ningún factor que las limite? –preguntó nerviosamente Perine–. ¿Es que estaban programadas para seguir expandiéndose de manera indefinida?

–Cada fábrica está limitada a su propia zona de operaciones –dijo O'Neill–, pero la red carece de límites. Podría seguir consumiendo nuestros recursos eterna-

mente. El instituto decidió que recibiera prioridad total. La suerte que corriera la gente como nosotros, la gente normal, era tan solo una consideración secundaria.

–Y en ese caso ¿no nos dejará nada? –indagó Morrison.

–No, a menos que consigamos que detenga sus operaciones. Ya ha agotado las reservas naturales de media docena de minerales básicos. Los equipos de prospección de todas las fábricas trabajan a todas horas, buscando hasta el último resto de los materiales que pueden utilizar.

–¿Y qué pasaría si se cruzaran los túneles de dos fábricas diferentes?

O’Neill se encogió de hombros.

–En condiciones normales, eso no debería pasar. Cada fábrica tiene asignada una sección del planeta, una porción del pastel para su uso exclusivo.

–Pero podría ocurrir.

–Bueno, se nutren de las mismas materias primas, sí; mientras quede algo, intentarán conseguirlo. –O’Neill barajó la idea con creciente interés–. Habría que pensar en ello. Supongo que conforme vaya aumentando la escasez...

Dejó de hablar. Una figura acababa de entrar en la habitación. En silencio, los observaba a todos desde el umbral.

En la penumbra de la sala, parecía casi humana. Por un momento fugaz, O’Neill pensó que se trataba de un simple visitante. Entonces, al ver cómo se movía, comprendió que solo era el simulacro de un humano: un chasis funcional, erguido y bípedo, con receptores de datos montados en la parte superior y manipuladores y propioceptores sobre una especie de oruga des-

cedente terminada en unas ventosas. Su semejanza con un ser humano era un tributo a la eficiencia. No escondía ningún propósito sentimental.

Había llegado el representante de la fábrica.

Empezó sin preámbulos:

–Esta es una máquina de recogida de datos, capaz de comunicarse por medios orales. Contiene dispositivos emisores y receptores y puede integrar los elementos relevantes al objeto de su investigación.

La voz era tan agradable como plena de confianza. Evidentemente se trataba de una grabación realizada por algún ingeniero del instituto antes de la guerra. En aquella parodia de ser humano resultaba grotesca. O'Neill podía imaginarse sin dificultad al joven muerto cuya voz brotaba ahora de la boca mecánica de aquella máquina hecha de acero y cables.

–Una pequeña advertencia –continuó la agradable voz–. Considerar humano a este receptor y tratar de entablar conversación con él sobre cualquier otro motivo que no sea su misión sería una pérdida de tiempo. Aunque está programada y es perfectamente capaz de llevar a cabo su cometido, carece del don del pensamiento conceptual. Solo puede recomponer aquellos datos de los que ya dispone.

Con un pequeño chasquido, la voz optimista cesó y se vio reemplazada por otra. Era muy similar a la primera, aunque despojada de toda entonación personal. La máquina estaba empleando el patrón fonético del muerto para entablar comunicación.

–El análisis del producto rechazado –afirmó– no refleja señales de elementos impropios ni deterioro perceptible alguno. El producto ha superado todas las pruebas estándar empleadas en la red. Por consiguiente, el rechazo se basa en elementos que exceden el al-

cance de las pruebas. Están empleándose estándares de los que la red no dispone.

—Así es —convino O’Neill. Sopesando las palabras con cuidado, continuó—: La leche está por debajo de nuestros estándares. No queremos ni verla. La producción debe ser más cuidadosa.

Al cabo de un instante, la máquina respondió:

—La red no está familiarizada con el contenido semántico del término «pislada». No existe en el vocabulario almacenado en nuestra base de datos. ¿Pueden presentar un análisis fáctico de la leche en el que se especifiquen los elementos concretos presentes o ausentes?

—No —repuso O’Neill con cautela; el juego al que estaba jugando era enrevesado y peligroso—. «Pislada» es un término genérico. No puede reducirse a una descripción de elementos químicos.

—¿Qué significa «pislada»? —preguntó la máquina—. ¿Puede usted definir el término empleando símbolos semánticos alternativos?

O’Neill vaciló. Su objetivo era conseguir que el representante de la fábrica se desviara de su investigación concreta para llevarlo hasta regiones más generales y, en última instancia, al problema de la clausura de la red. Si lograba abrir una grieta, iniciar una discusión en términos teóricos...

—«Pislada» —dijo— viene a expresar la condición de un producto que sigue fabricándose cuando no hay necesidad. Indica el rechazo del producto sobre la base de que ya no se le requiere.

—Los análisis de la red —respondió el representante— muestran un elevado índice de necesidad de sucedáneos de leche pasteurizada de alta calidad en la zona. No existen fuentes alternativas. La red controla todos

los medios existentes de producción de sintéticos de tipo mamífero. –Y añadió–: Los datos inscritos originalmente en nuestros archivos describen la leche como un producto esencial para la dieta humana.

O'Neill se veía intelectualmente superado. La máquina estaba devolviendo la discusión al reino de lo concreto.

–Hemos decidido –respondió con desesperación– que ya no queremos más leche. Preferimos pasar sin ella. Al menos hasta que podamos encontrar vacas.

–Eso contradice los datos de la red –objetó el representante–. Ya no quedan vacas. Toda la leche se produce sintéticamente.

–Entonces la produciremos sintéticamente nosotros mismos –intervino Morrison con impaciencia–. ¿Por qué no podemos hacernos cargo de las máquinas? ¡Por Dios, no somos niños! ¡Podemos dirigir nuestras propias vidas!

El representante de la fábrica se encaminó a la puerta.

–Hasta que su comunidad encuentre otras fuentes de suministro de leche, la red seguirá proporcionándosela. El dispositivo de análisis y evaluación seguirá activo en la zona, realizando las recogidas de muestras rutinarias.

En un vano intento, Perine gritó:

–¿Cómo quieres que encontremos otras fuentes? ¡Todo está en tus manos! ¡Lo controlas todo! –Fue tras el representante, gritando–: ¡Dices que no podemos dirigir las cosas! ¡Que no somos capaces! ¿Cómo lo sabes? ¡No nos das una sola oportunidad! ¡Nunca nos la darás!

O'Neill estaba petrificado. La máquina se marchaba. Su mente unidireccional había obtenido un triunfo completo.

–Escucha –dijo con voz ronca mientras se interponía en su camino–. Queremos que te desactives, ¿entiendes? Queremos hacernos cargo del equipo y dirigir las cosas. La guerra ha terminado. ¡Joder, ya no te necesitamos!

El representante de la fábrica se detuvo un momento junto a la puerta.

–La entrada en ciclo inoperativo no está prevista –dijo– hasta que la producción de la red esté al mismo nivel que la producción exterior. Según los datos que recabamos constantemente, en este momento no existe producción exterior. Por consiguiente, la producción de la red continuará.

Sin previo aviso, Morrison levantó la tubería de acero que llevaba en la mano. El golpe recayó sobre el hombro de la máquina y atravesó la intrincada red de aparatos sensoriales que formaban su pecho. La batería de receptores quedó pulverizada; una lluvia de cristales, cables y piezas diminutas roció la sala entera.

–¡Es una paradoja! –chilló Morrison–. Un juego de palabras, una broma semántica con la que están burlándose de nosotros. Los ciberneticistas lo han amañado. –Levantó la tubería y volvió a descargarla salvajemente sobre la impasible máquina–. Nos han atado de pies y manos. Nos han dejado en la más completa impotencia.

Se desató el caos.

–Es el único modo –dijo Perine con voz entrecortada mientras empujaba a O’Neill para abrirse paso–. Tenemos que destruirlos. O acabamos con la red o ella acaba con nosotros. –Agarró una lámpara y se la arrojó a la «cara» al representante de la fábrica. La lámpara y la intrincada superficie de plástico reventaron.

Perine se acercó y sus manos tantearon a ciegas, tra-

tando de asir la máquina. Todos los humanos de la habitación, embargados por una sensación de resentimiento impotente, estaban aproximándose al erguido cilindro. La máquina desapareció en el suelo, sepultada por ellos.

O'Neill se apartó, temblando. Su esposa lo sujetó por el brazo y se lo llevó a un extremo de la habitación.

–Idiotas –dijo con tono abatido–. No pueden destruirla. Solo le enseñarán a construir mejores defensas. Solo están agravando el problema.

En ese momento irrumpió en la habitación un equipo de reparación de la red. Con la precisión de un grupo de expertos, las unidades mecánicas se desplegaron a partir de la unidad nodriza y corretearon por el suelo en dirección a la montaña de humanos. Se introdujeron rápidamente entre ellos y desaparecieron. Un momento después, la carcasa inerte del representante de la fábrica fue arrastrada hasta la cavidad de transporte de la unidad nodriza. Las unidades recogieron las piezas y los miembros arrancados y se los llevaron. Los restos plásticos fueron localizados. Una vez hecho esto, regresaron a sus posiciones originales en la unidad nodriza y esta se marchó.

Un segundo representante de la fábrica, réplica exacta del primero, apareció en la puerta. Y había dos más en el pasillo. Un pelotón había sido enviado al asentamiento. Como un enjambre de hormigas, las unidades de recogida de datos habían recorrido el pueblo hasta que el azar había llevado a una de ellas hasta O'Neill.

–La destrucción del equipo móvil de recogida de datos va en detrimento de los intereses humanos –informó el representante de la fábrica a los humanos de la sala–. La extracción de materias primas está sufrien-

do un peligroso descenso. Las materias primas que aún quedan deben emplearse en la fabricación de mercancías y equipos.

O'Neill y la máquina se quedaron mirando.

—¿Ah, sí? —dijo el humano en voz baja—. Qué interesante. Me gustaría saber qué es lo que más falta te hace..., y hasta dónde estarías dispuesta a llegar por ellas.

El débil zumbido de los rotores sonaba sobre la cabeza de O'Neill. Sin prestarles la menor atención, se asomó por la ventanilla y contempló la región circundante.

Se veían ruinas y montañas de chatarra por todas partes. Las malas hierbas, tallos malsanos infestados de insectos, se alzaban entre ellas. Aquí y allá se veían colonias de ratas: madrigueras enmarañadas hechas de huesos y escombros. La radiación había mutado a las ratas, al igual que a la mayoría de los insectos y los animales. A poca distancia, O'Neill identificó una banda de pájaros que perseguía a una ardilla. La ardilla se arrojó al interior de una grieta en la superficie de la chatarra, y los pájaros, frustrados, dieron media vuelta.

—¿Crees que lograremos reconstruirlo algún día? —preguntó Morrison—. Me pongo enfermo de solo mirarlo.

—Con el tiempo —respondió O'Neill—. Siempre, claro, que recuperemos el control de la industria. Y siempre que quede algo con lo que trabajar. En el mejor de los casos, tardaremos mucho. Habrá que ir reconquistando el territorio centímetro a centímetro a partir de los asentamientos.

A la derecha había una colonia de humanos, espantajos demacrados que malvivían en las ruinas de lo que en su día fuera un pueblo. Habían despejado algunos acres de tierra infértil; unas verduras mustias se cocían

al sol entre gallinas, que correteaban de un lado a otro, y un caballo, que, devorado por las moscas, intentaba encontrar solaz a la sombra de una tosca choza.

–Moradores de las ruinas –dijo O’Neill con pesadumbre–. Demasiado alejados de la red. No están en la zona de influencia de ninguna de las fábricas.

–Culpa de ellos –le retrucó Morrison–. Podrían venir a uno de los asentamientos.

–Ese era su pueblo. Están intentando hacer lo mismo que nosotros: levantar las cosas por sí solos. Pero están empezando, sin herramientas ni maquinaria, con las manos desnudas, tratando de utilizar lo que ha quedado. Y no va a funcionar. Necesitamos máquinas. No podemos reparar las ruinas. Hay que reactivar la producción industrial.

Por delante de ellos se levantaba una cadena de quebradas, restos desconchados de lo que en su día fuera una cordillera. Más allá, la titánica y fea llaga del cráter dejado por la detonación de una bomba H, medio llena de agua estancada y limo, cual un emponzoñado mar insular.

Y detrás..., el centelleo de una actividad frenética.

–Ahí –dijo O’Neill con voz tensa. Descendió rápidamente–. ¿Sabrías decir a qué fábrica pertenecen?

–A mí me parecen todos iguales –murmuró Morrison mientras se inclinaba para ver mejor–. Habrá que esperar y seguirlos cuando tengan un cargamento completo.

–Si lo consiguen –puntualizó O’Neill.

El equipo de exploración de la autofab, ignorando el helicóptero que tenía encima, se concentró en su labor. Por delante del camión principal marchaban dos tractores; avanzaron entre los montículos de escombros, con las sondas erguidas como plumas de escriba-

no, emprendieron el descenso por la ladera más lejana y allí se hundieron en el manto de cenizas que cubría la escoria. Los dos exploradores excavaron y excavaron hasta que solo sus antenas quedaron a la vista. Luego volvieron a salir a la superficie y, con el chirrido metálico de sus orugas, continuaron la marcha.

–¿Qué estarán buscando? –preguntó Morrison.

–Sabe Dios. –Hojeó nerviosamente los documentos que llevaba en su portapapeles–. Habrá que analizar todos los envíos anteriores, para ver qué falta.

El equipo de exploración de la autofab quedó atrás y finalmente desapareció. El helicóptero pasó sobre una región desierta de arena y chatarra en la que no se movía nada. Luego apareció una zona de arbustos y, más lejos, a la derecha, una serie de puntitos en movimiento.

Una procesión de vagonetas automóviles, una fila de veloces vehículos metálicos en pulcra sucesión, avanzaba a gran velocidad sobre la yerma extensión de chatarra. O'Neill dirigió el helicóptero hacia allí y, pocos minutos después, sobrevolaban la mina.

El lugar estaba repleto de máquinas mineras de aspecto achaparrado. Había varias galerías excavadas; las vagonetas vacías aguardaban en pacientes filas. Una inagotable caravana de compañeras cargadas se alejaba en dirección al horizonte, dejando tras de sí un ruego de mineral. La imagen entera estaba dominada por la actividad y el sonido de las máquinas, que la convertían en un insólito centro industrial en medio de los desolados páramos de la chatarra.

–Ahí viene el equipo de exploración –comentó Morrison mirando en la dirección por la que habían venido–. ¿Crees que se encontrarán? –Sonrió–. No, supongo que sería mucho pedir.

—Esta vez sí —respondió O’Neill—. Probablemente estén buscando materias primas diferentes. Y en condiciones normales están programados para ignorarse.

La primera de las unidades de exploración llegó junto a la hilera de vagonetas. Viró levemente y continuó con su búsqueda; los carromatos prosiguieron su avance inexorable como si nada hubiera ocurrido.

Decepcionado, Morrison apartó la mirada de la ventanilla y soltó una imprecación.

—Nada. Es como si no se vieran.

Poco a poco, el grupo de exploración fue apartándose de la hilera de vagonetas y la mina, hasta perderse de vista detrás de unas colinas. No lo hicieron con especial premura. Desaparecieron sin haber reaccionado en modo alguno a la existencia del complejo minero.

—Puede que pertenezcan a la misma fábrica —dijo Morrison intentando animarse.

O’Neill señaló las antenas visibles de las unidades mineras más grandes.

—Las antenas están orientadas en vectores diferentes, lo que indica que son de dos fábricas distintas. No va a ser fácil. Tendremos que ser muy exactos o no obtendremos nada. —Encendió la radio y activó la frecuencia del asentamiento—. ¿Algún resultado en los inventarios de los cargamentos anteriores?

La operadora lo pasó a la oficina de Gobierno del asentamiento.

—Los inventarios están empezando a llegar —dijo Perrine—. En cuanto tengamos un muestreo lo bastante amplio trataremos de determinar de qué materias primas carece cada fábrica. No será fácil, porque habrá que hacer extrapolaciones a partir de productos manufacturados. Esperemos que haya elementos comunes en los diferentes lotes.

—¿Y qué haremos cuando hayamos identificado los elementos que escasean? —preguntó Morrison a O'Neill—. ¿Qué haremos si descubrimos que dos factorías adyacentes carecen del mismo material?

—Entonces —respondió O'Neill con sombría determinación— empezaremos a recolectar ese mismo material nosotros mismos, aunque tengamos que fundir el asentamiento entero.

III

En la oscuridad sembrada de polillas se levantó una brisa fría y débil. La maleza emitía traqueteos metálicos. Aquí y allá asomaba la cabeza algún roedor nocturno, con todos los sentidos alerta, expectante, calculador, en busca de alimento.

Era una región salvaje. No existía ningún asentamiento humano en muchos kilómetros a la redonda; los impactos repetidos de varias bombas H la habían calcinado y allanado por completo, como una herida cauterizada. En algún lugar de la tenebrosa oscuridad, un mísero arroyuelo se abría paso entre la chatarra y la maleza, hasta desembocar en lo que antaño fuera un complejo laberinto de cloacas. Las tuberías, agrietadas y rotas, invadidas por la vegetación, sobresalían en medio de la oscuridad. La brisa levantaba nubes de cenizas que se arremolinaban y bailaban entre las malas hierbas. Un enorme reyezuelo mutante se agitó en su sueño, se envolvió mejor en la capa de harapos con la que se cubría de noche y continuó dormitando.

Durante un rato, no hubo movimiento alguno. En lo alto se abrió una franja de cielo estrellado, que brillaba severa y lejanamente. Earl Perine sintió un escalofrío.

frío, levantó la mirada y se arrimó un poco más al calentador colocado entre los tres hombres.

—¿Y bien? —inquirió Morrison con los dientes castañeteando.

O'Neill no respondió. Se terminó el pitillo y lo apagó sobre un montón de chatarra oxidada, al mismo tiempo que sacaba el mechero y se encendía otro. La masa de tungsteno —el cebo— se encontraba a cien metros de ellos.

Durante los últimos días, a las fábricas de Detroit y Pittsburgh se les había agotado el tungsteno. Y, al menos en un sector, sus dispositivos de búsqueda habían coincidido. Aquel burdo montículo era una cosecha de herramientas cortadoras de precisión, piezas arrancadas de interruptores eléctricos, equipo quirúrgico de alta calidad, electroimanes, aparatos de medición..., tungsteno extraído de todas las fuentes posibles y febrilmente recopilado en todos los asentamientos.

Una neblina oscura flotaba sobre el montón de metal. De vez en cuando, una polilla descendía revoloteando, atraída por el reflejo de la luz de las estrellas sobre la superficie metálica. La polilla pasaba un momento allí flotando, sacudía sus alargadas alas contra la maraña de metal y luego se perdía volando entre las sombras de los densos macizos de enredadera que crecían sobre los muñones de las tuberías rotas.

—Menudo sitio de mierda —rezongó Perine.

—No te quejes tanto —repuso O'Neill—. Es el lugar más bello del mundo. La tumba de la red de autofabs. Algún día, la gente vendrá aquí en peregrinación. Habrá una placa de dos kilómetros de altura.

—Estás intentando animarnos —dijo Morrison con un resoplido—. Ni tú te crees que vayan a matarse por un montón de instrumental quirúrgico y filamentos de

bombilla. Probablemente tengan una máquina en el último piso capaz de extraer el tungsteno directamente de la roca.

–Puede –dijo O’Neill mientras intentaba matar a un mosquito de un manotazo.

El mosquito lo esquivó hábilmente y se alejó para seguir incordiando a Perine. Este lo espantó con un ademán y luego, malhumorado, se pegó a la húmeda vegetación.

Y entonces apareció lo que habían ido a ver.

Con un sobresalto, O’Neill comprendió que llevaba varios minutos mirándolo sin reconocerlo. El pequeño dispositivo buscador estaba completamente inmóvil. Descansaba sobre la cima de un montículo de chatarra, con el extremo anterior ligeramente elevado y los receptores extendidos del todo. Podría haberla tomado por una carcasa abandonada, porque su inactividad era total y no había en él ni el menor indicio de actividad. El pequeño dispositivo encajaba a las mil maravillas en aquel paisaje desolado y carbonizado. Apenas era un tubo, formado por planchas de metal, engranajes y pequeñas superficies planas a modo de pies, que solo descansaba y esperaba. Y observaba.

Estaba observando el montón de tungsteno. El cebo había atraído a la primera presa.

–Han picado –dijo Perine con voz tensa–. El sedal se ha movido. Creo que la plomada se ha hundido.

–¿De qué coño hablas? –refunfuñó Morrison. Pero en ese momento, también él vio el dispositivo buscador–. Dios –susurró. Se incorporó a medias, con su enorme cuerpo encorvado hacia delante–. Bueno, al menos es uno de ellos. Ahora lo único que necesitamos es una unidad de la otra fábrica. ¿De cuál crees que viene esa?